

# Bodas grises y amarillas

viajes por el río  
Magdalena



El bajo Magdalena, ilustración de *Historia natural  
y paisajes de la Guajira*, Bogotá, 1900

# Bodas grises y amarillas

viajes  
por el río Magdalena



**E**l invierno es temporada baja para el amor nupcial. Sea porque el vaporoso vestido de la novia no protege del biruji siberiano o por seguir el ejemplo de las tórtolas, que se aparean en primavera, no hay bodas en iglesias ni en el “marco incomparable” de palacetes, castillos, masías, cortijos y hoteles con encanto,

que en muchos casos ya han adoptado para la ocasión decorados estilo Las Vegas. Aunque a primeros de año la agencias ofrecen a los novios el catálogo de playas cálidas del Caribe, todo incluido, no es hasta abril el tiempo propicio para la luna de miel.

Pero en pleno enero hay casamientos en los juzgados de Valencia. Cuento lo que he visto. Ante la puerta de la izquierda de la entrada principal guardan turno media docena de parejas de novios con su séquito reducido de invitados sin etiqueta

solemne. No dan la vez con un papelito como en las carnicerías, pero pasadas las doce un funcionario con pantalón vaquero y un folio en la mano llama a voz en grito a los novios cuyos apellidos heredan resonancias hidalgas de conquistadores extremeños o bien forman un tren de sonidos impronunciables de origen eslavo, rumano, nigeriano o marroquí. El proceso se pone en marcha, discurre fluido como los autos en un túnel de lavado, la pareja entra soltera por una puerta y siete minutos después sale casada a una calle lateral con todas las de la ley.

En la sala con tristeza de oficina galdosiana se acomodan los contrayentes en sendas sillas y tras ellos la docena de invitados en bancas corridas. Al minuto entra un funcionario de los que antes de la llegada de los ordenadores llamaban chupatintas, recoge unos papeles de los contrayentes, se retira y reaparece instantes después para dejar paso al juez con toga y sin puñetas de magistrado. ¿Todo en orden? Aunque su Señoría se sabe de memoria los artículos 66, 67 y 68, los lee de corrido en una hoja plastificada y pregunta a cada uno de los cónyuges si consienten en contraer matrimonio. Aceptan, uno tras otro, su Señoría les da la enhorabuena, da la vuelta y desaparece. Así fue.

—Los anillos —dice una mujer a la espalda del novio.

El ya esposo se pone en pie, rebusca en el bolsillo de la chaqueta de Cortefiel los anillos —argollas, los llaman en México— y procede con torpeza al enlace anular. Su prima se levanta también por reflejo, insegura en los zapatos azules de tacón, sin saber qué hacer con el ramito de flores de invernadero y extraña en el vestido de costurera cosido a medida de su embarazo de seis meses.

—Besaros —dice la misma voz de antes.

El marido reciente obedece atolondrado. Desde la puerta el funcionario conmina a abandonar la sala.

—Salgan, por favor. Salgan todos —añade.

El esposo tierno había empezado el día con mala pata: llevaba el pie derecho escayolado y se sostenía con un par de muletas de cojo. Se agacha para recogerlas y se retira renqueando con la esposa a firmar el acta. Mientras, los invitados salimos a la calle. La brisa húmeda del mar es un abanico de plumas suaves y la bruma gris parece desempañarse para acoger una tarde de resol tibio. Es un día laborable de enero.

—Ya salen.

—¡Vivan los novios!

—¡Viva Colombia!

Un fotógrafo apostado a la puerta detiene con aspavientos a los esposos novicios.

—¡Alto! ¡No se muevan! ¡Va, va, va! ¡Bárbaro! ¡Linda foto, che! ¡Otra!

El estratega porteño como un Napoleón en el campo de batalla agrupa ahora a los invitados en torno a los recién casados, reordena, no se muevan, vos, che, mirame, atención, digan pa-ta-ta, apunta y dispara una ráfaga de clics silenciosos.

Enhorabuena, felicidades, besos, pero salen los invitados de la siguiente boda, y los corrillos se deshacen. El ceremonial de estas bodas de invierno, en plena temporada de rebajas hasta del 50% en El Corte Inglés, es de saldo, frío y desangelado, sin el la-lalalá de Mendelsson y la solemnidad de siempre en iglesias, ermitas y catedrales góticas, pero el amor admite mil ritos y como dice San Pablo es comprensivo, disculpa sin límites, soporta sin límites y vale más casarse que abrasarse en la concupiscencia. Concupiscencia: palabra viscosa, larga y retorcida como la sierpe demoníaca del Paraíso.

A parte de anuncios individuales en internet, hay al parecer mafias eficientes que proveen de cónyuge nacional a inmigrantes ilegales a partir de 2.500 euros, y las más organizadas garantizan el divorcio súbito en el plazo de tres meses por un

suplemento módico. A la vista de la extranjería flagrante de los nombres y apellidos de los contrayentes y del número de estas nupcias fuera de temporada, las autoridades han tomado cartas en el negocio para reprimir las bodas llamadas de conveniencia. ¿No es sospechoso que un mulato cubano, qué volá, he'mano, se case con una señora de Tarancón diez años mayor que él o que un colgao de Lavapiés que trapicha papelinas y se apellida García, osá, tío, ¿no te jode?, despose a Aissatou Ngué, llegada a Tarifa en patera dos meses antes? La policía no duda de que esos matrimonios son un paripé para que el simpapeles obtenga la nacionalidad española con derecho a pasaporte rojo, a ser atendido como un nativo en urgencias de la Seguridad Social y a pregonar como los tenistas de la selección yo soy español, español, español.

¿Bodas de conveniencia? ¿Hay alguna que no lo sea? Por motivos sin cuento: por cariño verdadero, de los que ni se compran ni se venden, para tener ayuntamiento carnal como Dios manda y criar hijos para el cielo, para firmar la paz con Inglaterra, para heredar al anciano decrépito, para que el *nasciturus* tenga un padre legal, para unir dos apellidos de linaje aristocrático, o, en fin, por amor sublime en los tiempos del cólera, al modo de Fermina Daza y Florentino Ariza a bordo de un viejo

barco de vapor en el que consuman con torpeza el amor, como ocurre siempre la primera vez, pero «con la dicha simple de estar juntos» después de cincuenta y un años, nueve meses y cuatro días de espera.

**a**unque la boda era de penalti, la pareja joven de colombianos a cuyo casamiento expés asistí, no era legalmente sospechosa porque él llevaba dos años en España, tenía certificado oficial de residente y trabajaba de paleta con arneses y casco amarillo en la construcción. Lo imaginé con su prima en luna de miel por el caudaloso Magdalena, el río quizás más literario del mundo, espinazo fluvial de Colombia, de 1540 km de longitud, que se encamina al Caribe y que desemboca en Barranquilla. El amor crepuscular y contra corriente, río arriba, de Fermina y Florentino, dos septuagenarios, tuvo de testigos a los monos chillones de la selva, «los manatíes de grandes tetas que lloraban con voces de mujer desolada» y «los caimanes inmóviles que se soleaban en los playones con las fauces abiertas.»<sup>1</sup>

Se va el caimán, se va el caimán,  
se va para Barranquilla...

---

<sup>1</sup> El amor en los tiempos del cólera, Gabriel García Márquez, 1985



En el otoño de 1975 los antifranquistas nacidos en la posguerra tarareaban esta cumbia del barranquillero José María Peñaranda durante la agonia infinita del caimán del Pardo. La pegadiza canción había formado parte de su recuerdo sentimental porque se oía mucho en las radios de los años cincuenta, cuando ellos eran caimanes adolescentes a medio crecer y llenos de zozobras. Se va el caimán... ¿Por qué se iba? ¿Dónde estaba Barranquilla? Más que el estribillo, les intrigaba aquella estrofa maliciosa que les hacía suponer que veían lo que deseaban, como en el juego incierto del visveo, ¿qué ves?, veo, veo....

Una niña patinando  
patinando se cayó  
y en el suelo se le vio...  
¿Qué se le vio?

(Pausa). El deseo abría barranquillas a un viaje fantástico. Pero seguía la decepción de una respuesta de sentido común:

y en el suelo se le vio...  
que no sabía patinar.

Pero no era en vano, porque el humor blanco es un linimento suave del desencanto. ¿Se iba el

caimán en avión? La estrofa siguiente requería un lector de dobles sentidos.

Una vieja y un viejito  
iban en un aeroplano,  
y la vieja le decía:  
viejito, ¡saca la mano!  
Se va el caimán...

José María Peñaranda murió un mes antes de cumplir cien años. De joven dejó el oficio de plomero y albañil para componer canciones de letra pícaro en cualquiera de los ritmos colombianos, salsa, bachata, vallenato, guaracha, merengue, joropo, guaracha o cumbia. La canción del caimán se la inspiró el pescador Saúl Montenegro, tan aficionado a espiar mujeres desnudas en el río Magdalena que lo remontó hasta Alta Guajira para recibir de un mago indio la pócima perfecta que lo convirtiese en caimán de cuello para bajo, sin perder la cabeza, para con esta metamorfosis de centauro fluvial espiar de cerca y a placer a las bañistas en cueros. El hombre caimán tiene un monumento formidable en Palo Alto, a cuatro horas en auto de Barranquilla, y desde 1972 recibe en diciembre un homenaje multitudinario en el parque con desfile de carrozas, grupos de danza con los



Monumento  
al hombre  
caimán, en  
Plato

trajes y polleras de color guacamayo, y música de los acordeonistas más inspirados de los departamentos caribes.

Lo que come ese caimán, es digno de admiración, come queso y come pan, y toma tragos de ron.

Si nuestras vidas son los ríos, el Magdalena las representa todas, y una por una, de principio a fin. Por eso, quizás, escritores de numerosos países dedicaron al río poemas rimados y relatos de aventureros a la deriva. Por el Magdalena navegó Maqroll el Gaviero, el trotamundos de Álvaro Mutis, lleno

de historias y paisajes, que arrastra consigo una herida secreta y extraña. No las tres heridas lorquianas, la del amor, la de la muerte, la de la vida, sino una sola, pero no sabes cuál es. Los poetas del Magdalena son legión y de todas las nacionalidades. «El boga, boga, / y el remo, rema / e interroga al agua. / ¡Ay qué lejos Barranquilla!», dice Nicolás Guillén con son habanero. Ismael Arciniegas (18659-1938) escribió en versos a lo Rubén Darío un canto encendido al «turbio y callado río patrio, de tardes y mañanas bellas.» Y otro patriota entusiasta, Manuel Madieto le dedicó una oda romántica de cien versos: «¡Salud, salud, majestuoso río, / yo te saludo, hijo de los Andes!» A su vez, Neruda vio las naves de los codiciosos conquistadores españoles entrar por el río, «ya roban, ya muerden, ya matan. ¡Oh Colombia!» ¿Qué cantan los poetas colombianos de ahora? Con los pies en el suelo ya no ven pericos charlatanes en la hojarasca, ni mariposas blancas, ni caimanes de dientes afilados, sino basura, eso que llaman residuos urbanos, alijos de coca y los muertos de la guerrilla. Robert Max Steenkist (1982) es un poeta sin ritmo ni rima, pero documentalista.

Sobre el cuerpo del río sin sombra  
flotan reses, gasolina, contrabando,  
cadáveres mutilados.

Los pueblos ribereños del Magdalena tienen sus versolaris y payadores, juglares espontáneos que cuentan historias en diez versos rimados y componen «porque la décima representa /el ancestro campesino / que desde España nos vino /envuelto en luchas violentas.» Los decimeros del Caribe competían entre ellos y los acordeoneros ambulantes ponían ritmo de cumbiamba o vallenato a su inspiración. Más tarde llegaron las orquestas con tambor, marimbas, guacharaca y el acordeón, que nunca falta.

Aquí llegó el acordeón,  
vino cruzando los mares  
y en manos de los juglares  
camina por la región.  
Y conquista el corazón  
de cantos de vaquería,  
se une con la poesía  
en las noches de tambora  
y se despierta la aurora  
bañada de melodía.

Por ser un río literario de aventureros heridos,  
de caimanes «en su caudal de trágicas arrugas»

como troncos varados en la orilla, con «espinazos de abrupta cordillera y fauces de abismo», según un soneto de Santos Chocano, por ser el río nupcial de Fermina y Florentino, quise verlo nada más aterrizar en Barranquilla.



—Buenos días, don. ¿Cómo le fue el viaje? Lo reconocí a la primera. Por las canas.

El delegado de la editorial en la zona era un cartagenero locuaz que se desvivió por atenderme. Se llamaba César Vásquez —ce o zeta, tanto monta— y debía llevarme en la misma mañana a predicar a las bachilleras de un colegio de monjas la bondad de la lectura de obras clásicas adaptadas, y a las cinco de la tarde en la biblioteca pública del centro a un grupo de profesores de la ciudad. Sésar

Vásques les pasaría unas diapositivas de portadas de libros y yo, como buhonero de obras imperecederas, les vendería el jarabe escolar de lazarillos, quijotes, robinsones, celestinas, kim de la India... Tras el coloquio, se serviría un tentempié, un pasabocas a base de cocacola y antojitos.

—Le enseño el centro, don, la iglesia de San Nicolás, el mercado del gran Bazar.

—¿Disponemos de tiempo? Me gustaría ver la desembocadura del Magdalena.

—¿Sí? Allí no hay nada que ver, don.

—¿Ni un caimán?

—Qué buen humor, don.

Eran las diez y caía a plomo el sol despiadado del Caribe. La lluvia en Barranquilla es una maravilla, pero desde el aeropuerto hasta la muralla de casas de doce pisos de los barrios nuevos se cruzaba un bosque con árboles de ramaje esquelético tras meses de sequía pertinaz. Hay siete km despoblados de la ciudad a la desembocadura del Magdalena, manglares y alguna cabaña en la orilla izquierda, grúas herrumbrosas en el puerto y, al final, la playa de arena oscura y las aguas turbias y revueltas que se adentran en la mar. Tan oscuras son esas aguas que el primer nombre que tuvo el río fue Bocas de Ceniza. Se lo puso en 1501 Rodrigo de Bastida el día de Santa María Madgalena, cuando buscaba el

paso al océano Pacífico y vio que las aguas cenicientas del Gran Río entraban una legua mar adentro. No es un “bel morir” para un río de aguas bravas en su niñez, pero es el mismo final que el del libertador Simón Bolívar en su último viaje, río abajo, con la fiebre de la muerte que le esperaba en Santa Marta. «Carajo, como voy a salir de este laberinto»<sup>2</sup> No salió, se murió esa noche, tomó el tren de la eternidad. Santa Marta tiene tren, pero no tiene río, solo un aprendiz de río, el Gaira, de apenas treinta km.

Santa Marta tiene tren,  
pero no tiene tranvía.  
Si no fuera por las olas, caramba,  
si no fuera por las olas, caramba,  
Santa Marta, moriría.

Compuso esta cumbia el acordeonero Manuel Medina Moscote hace un siglo y se hizo muy popular en las radios de los años 50 y en los romerías asturianas de prado. Probando, probando, uno, dos, probando, carraspeaba el micrófono. Eran dos, Jamín a la batería y Chiquilín al acordeón, además de vocalista. La verbena empezaba cuando la tarde languidece y renacen las sombras y en la

---

<sup>2</sup> El general en su laberinto, G. García Márquez, 1989.



quietud de los cafetales se vuelve a sentir la vieja molienda del amor, pero en aquellos años había más achicoria que café y las parejas bailaban “a lo agarrao” bajo la niebla densa y el orbayu llorón ajenas a los ritmos colombianos. El acordeón llevaba la voz cantante. Ese instrumento asmático, “de pulmón plebeyo” —Baroja *dixit*— resonaba en el monte de robles y castaños, espantaba a los rebecos y arrancaba gañidos lastimeros a los perros de la aldea. Sonaba toda la noche y empapaba de melancolía húmeda el deseo de lo que nunca se alcanza. Entre cumbia y merengue, olor a sidra y el habla recia de los mineros que iban por el quinto cubalibre, Chiquilín intercalaba la súplica de un bolero, quiéreme, quiéreme mucho, como si fuera esta noche la última vez. Niebla y orbayu.

**e**s posible que los ríos, como los viejos, recuerden al acercarse el estuario de la muerte su niñez limpia y saltarina en la alta montaña. García Márquez hizo el mismo viaje que el moribundo Bolívar por el río Magdalena, pero en sentido contrario, lo remontó de Aracataca hasta Zapiquirá a bordo del *David Arango* para ingresar en un internado. Eran varios días de navegación, más de una semana, supongo, con otros muchos estudiantes, tan parranderos que ninguno oía la

algarabía de los loros ni el chillido de los micos en el bochorno del mediodía. Muchos años después, haciendo memoria de su vida, confesó de plano: «por lo único que quisiera volver a ser niño es para gozar de aquel viaje<sup>3</sup>.» Vivir para contarlo. ¿Para qué sirve un viaje si luego no se cuenta?

—Tenemos que volver, don.

Nos esperaban las colegiales minifalderas de la Institución Educativa Distrital Madre Marcelina. Antes de subir al coche falsifiqué unos versos de Gerardo Diego para congraciarme con mi guía Diego Vázquez.

Ay, río Magdalena,  
quién te pasase  
sin que mi zapatilla  
se me mojase.

—¿Te gusta?

—Qué bacano, don. Puro sabor.

**V**olvamos a lo de antes, a la boda gris de la pareja colombiana en pleno enero. No hubo maracas ni acordeón ni poeta decimero. Mejor sin versos, no fuera que nos soltaran una trova de desengaño.

---

<sup>3</sup> *Vivir para contarla*, 2002.

Yo creí que el casamiento  
era flor que florecía,  
es verdad que sí florece,  
pero los primeros días.  
Eso dicen las casadas  
cuando quieren chalanar,  
si yo soltera me viera,  
no me volvería casar.

Camino del restaurante recordé otra boda a la que había asistido nueve meses antes, en primavera, al aire libre, sin juez, sin artículos legales, pero con el espíritu de los primeros cristianos salidos de la catacumbas. En el jardincillo de un chalé de las afueras abril venía como lo habían visto Platero y Juan Ramón, todo lleno de flores amarillas, con amarillas mariposas sobre flores amarillas, hasta Dios era amarillo, como los de anillos de oro de los desposados. Bajo la jolgorio de los pájaros en pleno cortejo nupcial entre las ramas de un pino frondoso sonaban en un tocadiscos portátil canciones de Mocedades, amor de hombre que estás haciéndome llorar, Joan Báez, *forever young*, y Violeta Parra, gracias a la vida que me ha dado tanto, la risa y el llanto. Era una tarde plácida de sábado, y de una casa cercana llegaba el eco desgañitado de un goool... radiofónico del guaje Villa.

Los invitados éramos docena y media, en jersey y pantalón tejano, incluido el oficiante, que antes de empezar la misa se revistió con roquete y estola traídos de su parroquia en el barrio canalla de Benifat. El novio era el excursa del instituto, suspendido *a divinis*, sin licencia del arzobispo para enseñar Religión y que ahora se ganaba la vida de listero en una cooperativa agrícola, pero quería casarse por la iglesia como cualquier laico creyente, más aún, le dolía haber ahorcado los hábitos y haber perdido el don sacramental que había recibido, pues asumía que el sacerdocio imprime carácter para siempre, *in aeternum*. ¿Por qué los curas no podían casarse como los anglicanos y los popes, y tener hijos para el cielo? ¿No podían ser curas y maridos, amar a Dios y a una exalumna del nocturno ancha de caderas y veinte años más joven, en suma, tener dos amores a la vez y no estar loco? La novia vestía de calle, con un traje de entretiempo de El Corte Inglés, y llevaba un ramito de flores frescas en la mano, pero mostraba la zozobra de las novias inseguras. La misa fue corta, coloquial, juntos como hermanos, miembros de una iglesia alegre, libre y posconciliar. Sobre la mesita cubierta con un paño blanco había un platillo con unas hostias y el cáliz era un vaso ancho de los de whisky on the rocks.

Antes de dar el sí quiero y ser declarados marido y esposa, el sacerdote oficiante, cura progre y obrero, amigo del novio desde el seminario, no descartó que Jesús, en cuanto hombre, se hubiera casado, pero no quería enrollarse, e invitó a los asistentes a decir unas palabras de fiesta. El cátedro de literatura, “pata negra” en el escalafón del instituto por haber aprobado una oposición nacional de cinco exámenes y 156 temas, obtuvo la primera sonrisa al identificarse con aquel personaje de Miguel Mihura que decía “yo me caso poco”. Deseó que en los tiempos que corrían “de divorcios a mansalva”, mantuvieran siempre el anillo de desposados, no como aquellos lagartos lorquianos, ¡ay, cómo lloran y lloran!, ¡ay, cómo están llorando!, que lo habían perdido sin querer.

—Para terminar —dijo—, Feli y Andrés, ya no estáis solteros, ya no estáis solitarios, y yo os deseo felicidades a mansalva.

Pero no terminó. Filólogo románico, alumno de Alarcos Llorach en Oviedo, añadió un estrambote profesional: aprovechó la ocasión para advertir que las palabra solitario y soltero tenía la misma etimología latina y luego apretó el gatillo de la erudición para explicar que “a mansalva” quiere decir en abundancia, sin tasa, era locución de sargentos voceadores para que la tropa disparase “a mano

salva”, o sea, sin riesgo, con seguridad, sin causar daños colaterales. “Felicidades a mansalva”, pues, concluyó.

Amparo, la de Inglés, dijo unas frases cariñosas, sin alusiones a Romeo y Julieta, ella estaba fuera de lugar, no se había casado, iba a jubilarse y era un poco a la antigua en cosas religiosas, aunque aceptaba, con Bob Dylan que *times are changing*.

Le tocó luego el turno a Adolfo, el de filosofía, ateo confeso, pero respetuoso con los sentimientos religiosos, amigo del novio, con el que compartía la teología de la liberación. Adolfo daba crédito a su asignatura con las barbas rizosas de estatua griega y en W colgándole de la mandíbula. Su biografía resumía un arquetipo generacional: estudiante antifranquista, redactor de panfletos a ciclostil, eurocomunista de Carrillo, fumador impenitente de Ducados, militante tenaz de Comisiones, promotor de huelgas estudiantiles, manifestante callejero al son de aquel lema de 1978: *iliber-tad, autonomía y estatut* de autonomía, enrollado profesor apenas hacía exámenes de paripé para dar aprobado general. Retomó la cita cómica de Mihura para introducir su alocución.

—Los que se casan poco son los filósofos. Newton, Hume, Schopenhauer, Nietzsche, Kant y la

mayoría de filósofos prefirieron la soltería. ¿Por qué?

¡Toma ya! Sobrecogidos por el enigma y la metodología de los diálogos platónicos, los invitados nos miramos con una sonrisilla humilde de cómplices ignorantes. ¿Por qué no se casaron los filósofos?

—Lo dijo Descartes. Pienso, luego no me caso.

—Adolfo, tú estás casado, ergo no eres filósofo.

Las risas cordiales se subyugaron con el eco lejano de un penalti radiofónico.

—Cierto —dijo Alfredo con calma estoica—. Me quedo en filo-filósofo. Si nombro a Kant en clase, siempre hay algún cabroncete que ladra, guau, guau, para que los demás crean que hablo de un perro. La explicación de por qué se casan poco los filósofos viene de Grecia, como todo. Un alumno le preguntó a Sócrates en el Ágora: Maestro, ¿qué estado debo elegir? ¿Es mejor casarse o seguir soltero? (*Pausa*) ¿Y qué respondió el maestro al discípulo aplicado? (*Pausa más larga*). Casado o soltero, de cualquier modo te vas a cansar.

Tras el *ite misa est*, los asistentes departimos de pie con un vaso en la mano picoteando entremeses de salchichón Tarradellas, aceitunas, pinchos de tortilla, patatas fritas Matutano,

cacahuets, horchata de Alboraya o vino tinto de Requena, *ad libitum*. Caía el atardecer y la radio cantó él final del partido, Spórting 2, Valencia 3.

La boda invernal de la que hablé al principio terminó a eso de la una y media con un ágape alegre en un bar cercano igual que en aquella boda amarilla de abril, pinchos de tortilla, longaniza de Requena, canapés de manchego, cerveza, cocacola o vino tinto. El local estaba templado, a salvo de la brisa fresca que venía de la playa de la Malvarrosa y caldeado con aplausos y vivas a los novios.

